EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM 10722

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

LUNES 2 DE AGOSTO DE 1897

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.--Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPAÑIA DE SEGUROS REUNIDOS

Domicilio social: MADRID, CALLE DE OLÓZAGA, NUM 1 (Paseo de Recoletos)

GARANTÍAS

Capital social efectivo.	Pesetas	12.000.000
Primas y reservas.	»	44.028.645
TOTAL.	»	56.028.645

33 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Esta gran Compañía *nacional* asegura contra los riesgos de incendio.

El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de pesetas 64.650 087,42

SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, y especialmente las Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas *más reducidas* que cualquiera otra Compañía.

Subdirección en Cartagena: Sra. Viuda de Soro y C.ª, Plaza de los Caballos núm. 15

PAPEL DEL ESTADO

Operaciones al contado y á plazo en toda clase de valores cotizables en Bolsa.

COMISIONES REDUCIDAS

CAMILO PEREZ LURBE

12, CASTELLINI, 12

LA ANEXION DE HAWAI

Continúa monopolizando la atención el conflicto planteado con motivo de este asunto.

Los periódicos norteamericanos, considerando como un hecho la ocupación de las islas de Palmira por los ingleses, protestan enérgicamente, diciendo que aquélla forma parte del grupo de Hawai, y que, por lo tanto, debe pertenecer á los Estados Unidos

Es de advertir, no obstante, que la isla de Palmira está situada á un millar de millas del archipiélago de Hawai.

Parece que los corresponsales telegráficos han exagerado bastante al hablar de la actitud del Japón en el asunto de las islas Hawai.

En su última nota el Japón reconoce que la influencia norteamericana es la preponderante en aquel archipiélago, y fundándose en que ese predominio impide que pueda hacerse allí nada contrario á los Estados Unidos, sostiene que no es conveniente modificar el «statu quo» en perjuicio de tercero.

«El Japón -dice uno de los extractos de este documento—entiende que su actitud en 1893 no implica asentimiento á que se altere el «statu quo». Ademas, el aumento de los intereses japoneses y los demas cambios ocurridos desde entonces, harían esa interpretación inadmisible. Por otra parte, aunque la política de expansión de Europa en el Pacífico ha sido muy activa en la década que terminó en 1892, las potencias se muestran dispuestas, de común acuerdo, á no ir más lejos.

La absorción de las islas Hawai por los Estados Unidos reanimaría las ambiciones territoriales latentes y afectaría á los intereses del Japon en el Pacífico. No puede, pues, el Imperio ver con indiferencia las modificaciones de soberanía en estos lugares ni la extinción de los derechos de sus súbditos.

El Japon no abriga intenciones de discutir la situación actual en el Pacífico, pero su posición le obliga á mirar con desconfianza las consecuencias que traería probablemente la supresión de la soberanía hawaiana. La aplicación de la tarifa aduanera y de otras leyes norteamericanas perjudicaría á los japoneses.»

Termina la nota diciendo que el tratado entre el Japón y Hawai no puede ser violado por virtud de los cambios que ocurran en este último país.

Comentando estas manifestaciones, el «Journal des Debats» indica que los japoneses, más que impedir la anexión, desean que se concedan á sus naturales algunos privilegios, y se evite que por virtud de aquélla y de las leyes norteamericanas contra los asiáticos, queden excluidos del archipiélago de Hawai los japoneses, que en número muy considerable están allí establecidos. Conviene advertir que en el tratado de anexión sometido al Senado de Washington se consignaba que los asiáticos establecidos en Hawai no adquirían la condición de ciudadanos de los Estados Unidos.

Si realmente la cuestión queda á última hora planteada de este modo, perderá gran importancia y será una de tantas que, surgidas de pronto entre alarmas y temores, terminan por un arreglo amistoso en el que ningún papel tienen que jugar las armas.

GLORIAS NACIONALES

BATALLA DE RIMENANT

1 de Agosto de 1578

La desastrosa guerra de Flandes que tantas víctimas había ocasionado á España, seguía con furor creciente, no pasando día en que no hubiera encuentros y batallas, que aun cuando insignificantes las más veces, su conjunto ocasionó lamentables pérdidas.

Sabiendo D. Juan de Austria que los rebeldes se hallaban en la aldea de Rimenant y sus inmediaciones, celebró consejo de capitanes, y á pesar de que Alejandro Farnesio y Gabriel Cervelloni expusieron la conveniencia de no atacar al enemigo, dadas las pocas fuerzas con que contaban, D. Juan de Austria no hizo caso de estos consejos y ordenó la marcha contra el ejército rebelde.

Los capitanes Amador de la Abadía y Mucio Pagani, hicieron la descubierta para que avanzara la vanguardia, que se componia de cinco mil arcabuceros y seiscientos ginetes, empezando la lucha con el enemigo que enseguida abandonó sus posiciones como si no tuviera confianza en la refriega.

Esta repentina retirada hizo sospechar al de Austria alguna asechanza de los rebeldes, y con objeto de evitar pérdidas ordenó inmediatamente la retirada; pero la orden no llegó por desgracia á tiempo, pues la vanguardia había atravesado la aldea persiguiendo al enemigo, yendo á desembocar en la llanura donde los rebeldes habían apostado un ejército de doce mil hombres y siete mil caballos, arrojándose sobre nuestras confiadas tropas y empeñándose un desigual combate.

La severidad y el acierto de Farnesio salvó de una catástrofe segura á nuestro ejército, pues aunque la retirada era difícil, gracias á su buena dirección se verificó con orden admirable, si bien á costa de numerosas bajas, sobre todo en la caballería, que resistió el ataque por sí sola con objeto de salvar á los infantes.

Recibió Farnesio los plácemes de don Juan y la satisfacción de que éste confesara su error al ordenar el avance.

***

TOMA DE CREMONA

2 de Agosto de 1526

Hallábanse las fuerzas españolas guerreando en Italia con los franceses el año 1526, cuando estos formaron la llamada «Liga Clementina», viéndose obligadas nuestras tropas, que escasamente llegaron á 800 hombres, á hacerse fuertes en Milan, plaza que se hallaba en poder de Francisco Sforcia; pero que los nuestros atacaron valientemente, cayendo en su poder después de corta lucha.

No atreviéndose los confederados á atacar á Milan, pusieron cerco á la ciudad de Cremona, defendida por una escasa guarnición de españoles, y llevando los sitiadores la ventaja de hallarse la ciudad en poder de Sforcia.

Dispuestas las baterías y paralelas, comenzó el fuego de cañón sin que los sitiados pudieran contestar en la misma forma por no tener una sola pieza de artillería, y al cabo de dos días de bombardeo dieron el primer asalto los de la Liga, que fue rechazado heróicamente y con fortuna por los españoles.

Otro asalto dado cuando ya la artillería había abierto grandes brechas obtuvo el mismo resultado, si bien con grandes pérdidas para los sitiadores, que dejaron los fosos llenos de cadáveres, hasta que el duque de Urbino allegó refuerzos tan considerables que ascendia ya el ejército á 15 ó 20.000 hombres, que hicieron agotar á los españoles todo género de recursos, obligándoles á capitular el día 2 de Agosto de 1526, si bien con tan honrosas condiciones que les fue permitido retirarse con armas y banderas al reino de Nápoles.

CESAR.

(Prohibida la reproducción).

—¿Donde vas tan triste

He dicho mal; si vos me permitiérais... Dios mio... no sé cómo explicarme....

—Pero....

—Perdonad; á veces se extravía la razón, continuó Ernesto; á veces no sabe uno lo que se dice. Reuniré mis ideas y oiréis lo que siento.

Ana miró al joven con mortal inquietud.

—Escuchadme, prosiguió Monte-Azul poniéndose pálido: hay momentos en la vida que deciden de nuestro destino. Yo estaba ageno de sufrir esos lentos martirios que se colocan en el corazón humano como un cáncer corrosivo. Pero os ví un día y creo que fue lo bastante para decidir de mi suerte. Después.... ¡Oh! ¿á qué hablar de ese *despues*? Hubiera querido apartarme de vos, porque yo no sé qué grito me decia que mediaba entre los dos un abismo insondable... pero las circunstancias lo han dispuesto todo.... Conocí á vuestros hermanos, y ved la causa por lo que me tenéis cerca de vos diciéndoos únicamente lo que siente mi alma.... ¿Queréis más? pues bien. Por más que ahogo las palabras y contengo los latidos de mi corazón; por más que anhelo en este momento ocultaros lo que sufro, me seria imposible callar.

—¡Oh! contestó Ana temblando: infiero lo que vais á decirme. .. No prosigais.

—¿Por qué no continuais bordando? le preguntó el joven al fin.

—Estoy cansada, contestó la pobre niña.

—Acaso mi presencia os sea importuna.

—¡Oh! no lo creais, caballero.

Volvió á reinar el silencio anterior.

Ninguno se atrevia á hablar.

Sabian por una especie de intuición lo que pasaba en sus pechos, y temerosos de sí mismos, apenas tenian aliento para continuar la conversación.

Los ojos lo hacian y lo decian todo.

Viendo Ernesto, por último, el prolongado silencio que reinaba entre los dos; indeciso en el partido que debia seguir, fascinado por aquel angel, trémulo como un niño que por vez primera contempla á la creación más pura y más tierna de Dios, se decidió á pronunciar las armoniosas palabras que retumbaban en su mente.

—Ana, exclamó; acaso mi presencia os ha entristecido ó un sentimiento de dolor oprimia vuestro pecho antes de veros. ¿Qué tenéis?

—Nada... contestó la joven.

—¡Oh! no es posible. Tal vez.... Pero dispensadme señorita. He sido demasiado indiscreto al haceros esa pregunta. Vos diréis, ¿y qué os importan mis lágrimas?.... ¡Ah! Si fuese posible que yo os lo dijese...

contraba en frente de aquella niña también pálido, también agitado, porque él también padecía. . también amaba.

En la profunda mirada que se dirigieron se esplicaron lo que pasaba en sus interiores.

El jóven sobreponiéndose á las ideas que lo atormentaban, dio un paso adelante.

Ana procuró aparecer serena; pero aun quedaban las huellas del llanto sobre sus encendidas mejillas.

Ernesto habia callado por largo tiempo. Tímido niño, sorprendido por el amor, alimentó la esperanza en el santuario de su corazón como se conserva el más rico tesoro; habia visto en el candor de Ana ese rostro divino que Dios ha concedido á la mujer pura; habia querido huir, pero una mano invisible lo arrastraba al lugar donde ella estaba.

Era imposible retroceder á sus dias tranquilos, á su calma inocente de otros tiempos.

Para él no habia más dicha que Ana. Le era preciso verla y por eso la buscaba.

Ya estaba á su lado.

La joven expresó en su semblante el sentimiento de terror y alegría que la embargaba.

—¡Ah! esclamó involuntariamente.

—Perdonadme, señora, dijo Ernesto; acaso os he interrumpido en alguna ocupación.

—No: podéis entrar, caballero.